



(CRÍTICA)

Los libros meteoros de Bruno Schulz

ALFONSO CALDERÓN

El espléndido narrador polaco Bruno Schulz (1895-1938), especie de "catalizador de mitología" (John Updike), fue volviendo con su obra un vacío interior dejado por el desgarro suplicativo del fin del Imperio Austro-Húngaro, al silencio de la Primera Guerra. Como otros escritores apor, Ignacy Winicki y Witold Gombrowicz, por ejemplo, se dedicó a reconstruir desde los comienzos, con un cabo de tradición, la literatura moderna de Polonia, país que Jerry estimaba, en Una Key, como "ninguna parte", tal vez debido a la cuantiosa recompensación de su inestable progreña, fruto de los sucesos de los vascos de cualquier guerra, a partir de la Edad Media.

El mundo del emperador Francisco José, que tan bien recordaba el emperador Robert Musil en su inmensa novela inacabada El hombre sin atributos, ha venido siendo objeto de análisis creativos y interpretativos, pero Schulz se limita a la narración, al decir que estuvo enamorado "en un momento en poses", haciendo extensivamente la "promoción del abstraccionismo". En "¿cómo son y cuándo?" se glorifica de un mundo que había alcanzado en su desarrollo "un límite final", pero no pudo salir del paso, pues gubernaba sobre una zona de Europa fantasmal que se abstracción, como él, en un crepusculo de todo cuando ya había sido. Pese a "el mundo en silencio", dominado "en un momento en poses", tratando de protegerlo "en un desmoronamiento hacia la previsible e inevitable", percibe la función de sepulchro que cumplió el receptor.

En sus libros, Las tiradas de color cuando (1934), Sanatorio bajo la clepsidra (1937) y Kameta (1938) puede intuir las "radiantes profundidades" de un mundo que ha convergido en un solo interior. Schulz se daba cuenta de que los días del autismo aumentaban la desgracia de Europa, y se refugiaba en el mismo para procurar le deparar los tiempos elegidos de un mundo que, desde ahora y hasta siempre, había construido una leyenda de vida realista que convenía fuese fijada por un cronista a la antigua usanza. Durante la ocupación nazi de Polonia, esa novela en la que trabajaba desde 1936, Madia, fue destruida o se perdieron las partes del manuscrito. Combinado en el ghetto de Varsovia, Schulz fue muerto de un tiro en la nuca, como un perro, por los

Schulz se dedicó a reconstruir desde los comienzos, con un cabo de tradición, la literatura moderna de Polonia, país que otros creadores estimaban como "ninguna parte"



del pájaro, se da una sola entrada a la que el narrador enfrenta a un feroz perro pastor alemán, "un hombre ideal", movido por una "desolación humana", que resulta una introducción a la propia muerte de Schulz. De ese poco la causa de la pena cuando pasa al lado de la casa donde él está temblando, según a una casa caótica, el príncipe carlo salvaje como el niño y la que quimera de su grandioso futuro libro de cultura. Juntos habita y tan sólo, al ver a un hombre, su rostro antes se vuelve todavía más terrible, un tiempo se complacen en la expresión de un niño inmaduro y, alando profundamente su terrible histeria, es asustado por las convulsiones de un ardiente sollozo, estado del fondo del sollozo, en el que se concentra el dolor y la desesperación de la impotencia.

La anticipación que ofrece un relámpago insoportable remata brevemente: "Más muerto que vivo, observe que ha desplegado la cadena que avanzaba una de él por el patio y que la pátula con la cara del silencio de sus cabellos. Matando y aplastando por el error, apenas experimenta un escaso alivio. Trabajando, a punto de des-

de la respiración y del miedo. ¿Qué respuesta, ¿es un hombre? Un hombre encadenado a quien, en una aproximación metafísica simplista, ha estado por un perro. Incluye finalmente, en un perro bajo forma humana. La narradora cuenta es un factor interno que puede servir de fundamento un cuerpo animal o humano. Aquí que estado de lazo de él es el vaso del cuando con la brecha abierta, mostrando todos los detalles en un terrible profecía, era un hombre de madura edad, muerto. El cuerpo amarillento, huerano, los ojos negros, maliciosos y desagradables."

La metáfora del libro se agita en cada texto de Schulz, pues cada uno de los volúmenes comienza "con misterios" y varias veces "el Ave Fénix, arrojando todas sus pájaros". La búsqueda del Padre, que aparece en todos entre el libro de caja de la tienda y el otro, al que llama por encamamento el Libro, es muy precisa. "En realidad — dice —, sólo existen los libros. El Libro es un mito en el que creemos en la juventud, hasta que, con los años, dejamos de trabajar con seriedad". La figura del padre como demagogo (muy lejos del Kafka, tan lleno de autismo), a quien el

esperanza, "la causa de la guerra". No deja de buscar la filiación del libro con el Gran Texto: "Antes que la historia más antigua, nosotras otras nuevas ideas, nosotras sus nombres, nosotras un título, nosotras y nosotras, pidiendo y mostrando, informan nosotros sus cosas que educaban el hombre, nosotras educaban en las demás nociones de los niños, y, más allá, libros leyendo. Libro venía escrito, libro pretendiendo, libro escribiendo, libro escribiendo, pretendiendo de pensar indebidamente."

Todo surge de este libro mayor, el de la naturaleza, el de la relación — una relación por Kibitz —. En la primavera, nosotras las historias después de ser niños, como si se tratase de un gesto de la Bella Durmiente. Schulz va dejando en el folio de sus manuscritos una forma del recuerdo nostálgico. En un momento de apuro, la familia legraba "el gran libro de las vocaciones, cada una de cuyas páginas empujaba del sol y mostraba en su fondo, avanzando hacia la sociedad, la pulpa de los dedos porros". Se dice que no hay que despreciar la primavera y es preciso seguir la lectura del vuelo de los pájaros y las hojas del libro de las chimeneas, en vez de entregarse en la presencia de las habitaciones, esas que muy pronto habrán de ser olvidadas y, como dice el padre — en Tratado de los maniquíes —, porque ellas, los pájaros, "se esconden en el silencio, en silencio de las hojas y, sin embargo, perdidas para nuestra memoria, pueden perfectamente no olvidarse."

No es Schulz un escritor monumental ni Julia una misma curiosa, pues adopta "de repente" un tono de hombre al modo de Jerry, hablando con el abuelo, riéndose volutamente para no volver en la propia intimidad, como en una escena de Mi padre entra en el cuerpo de la hermana, en donde se asegura que falta mucho delirante de carapaceos, mostrando porvenir al final del sueño, desmoronando de pie, hasta que se le desvanece "indefinidamente como la voz", con sus uñeros en caracolas, "incrustados" en los conductos de las chimeneas, porque allí dominan "radiografías por el juego de la fuerza, cubiertas de volutas, pepinos y fuego". Así, el gran escritor polaco se asegura que la vida interior de un mundo legendario que va convirtiéndose en presente, desfilando "el grado de la realidad", tratando de superar las líneas. Hasta un día del futuro en

Los Libros meteoros de Bruno Schulz [artículo] Alfonso Calderón.

Libros y documentos

AUTORÍA

Calderón, Alfonso, 1930-2009

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los Libros meteoros de Bruno Schulz [artículo] Alfonso Calderón. il., retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile